

perdido totalmente, se han rebelado contra lo que parece un propósito humillante. Aquí el capitalismo norteamericano ha tropezado con resistencias espirituales, de las que no se vencen con dinero. Ese exceso de imperialismo ha llevado en sí mismo el remedio adonde quería llevar el mal, puesto que ha hecho reaccionar violentamente a las muchedumbres.

«Quiéralo o no—dice Gastón Thierry, en un estudio reciente—el cinemató-

grafo americano va a nacionalizarse, y su acción exterior, por lo mismo, a disminuir». Por consiguiente, opina, decrecerá su influencia en el extranjero. Y este es el momento de que cada nación—sobre todo las que tienen, como la nuestra, tantos elementos adecuados—recupere la dirección de ese poderosa instrumento de propaganda, por lo menos allí donde el idioma sería para ello una ventaja, y un obstáculo para sus posibles concurrentes.

J u a n P u j o l

(ABC, Madrid.)

Paul Groussac

(Viene de la página 168.)

iniciados y catecúmenos, fé ciega y religioso fervor.

Se le motejó de áspero y atrabiliario; quizá lo fuera alguna vez; pero los que supieron bucear en su alma, pudieron constatar que la fama de «ogro» condensada en su torno sumó una injusticia más a las muchas que tuvo que padecer aquel «griego de Focea»,— saturado de esplín y amargura,—que bregó desde la juventud para que hubiera más armonía y menos brutalidad sobre la tierra.

Y ese hombre, verdaderamente excepcional en este ambiente y en cualquier otro; factor de civilización superior en la «desolada pampa espiritual», libró durante medio siglo formidables batallas por los fueros del Arte, depurando el idioma y adaptándolo a todos los matices del pensar y del sentir modernos.

Amó a la patria adoptiva como a la propia. Pudo hacer historia y supo escribirla. Y nuestros libertadores, estadistas y poetas hallaron, por fin, «su» biógrafo.

Avellaneda le tuvo en gran estima, Mitre lo consultaba a menudo sobre puntos oscuros de nuestros orígenes colo-

niales, Sarmiento permitía que podara, *ad libitum*, en sus frondosos manuscritos.

Camarada inseparable de Pellegrini, de Goyena, de Cané; digno continuador, de este lado del Océano, de la obra cultural del Colegio de Francia y los enciclopedistas; heredero de Renán y Taine, murió en su Biblioteca, en un atardecer tranquilo, rodeado de universitarios y discípulos, pero sin los honores máximos a que era acreedor,—de pueblos y gobiernos,—tan alto espíritu!

Llegará también para Groussac el día de la apoteosis. Y a pesar del silencio oficial que cubrió sus despojos, en la melancólica tarde del postrer adiós, tendrá su estatua, símbolo de inmortalidad, en el seno de la que faé antes «Atenas» del Plata y es hoy,—aunque nos pese,— «Cartago» argentina.

En la barca, en que libre ya de la envoltura mortal, surca ahora el aeda la inmensidad celeste, grabemos el viejo lema sajón, que los antiguos argonautas esculpían en la proa de su nave:

Para los grandes navios el vasto mar!

L u i s B e r i s s o

Julio 5 de 1929.

Tablero

= 1930 =

Hay un joven... hay un joven preocupado en la Escuela Normal que ha escrito una carta a nuestro excelente colaborador Juan del Camino, a quien se la trasladamos. Dice así:

*Del pensar de los jóvenes...
y el porvenir de la patria*

Para Juan del Camino

Desde hace algún tiempo, con gran interés, vengo siguiendo los artículos que desde las columnas del *Repertorio* nos brinda la pluma de Juan del Camino, seudónimo detrás del cual posiblemente ocúltase uno de nuestros más prestigiados valores patrios.

Atendiendo a las exhortaciones que a la juventud de nuestro país hace el aludido escritor, en uno de sus últimos artículos, y de acuerdo con sus admoniciones, permítome co-

mentar, como joven idealista, algunas de sus apreciaciones, ya que ellas están inspiradas en el bien y progreso de la cultura juvenil y por ende, en el verdadero patriotismo. Adolecemos, es cierto, los jóvenes de un marcado desdén por la lectura, fuente capaz de hacernos surgir y aspirar a un ideal más alto que el de los trillados ideales de la mediocridad.

Pero la juventud no comprende esto y hace caso omiso de ello. Y de ahí que sean los menos quienes visiten nuestras bibliotecas, y los más ruedan por la superficial labor del *jazz-band*, las *poses valentinescas* y el donjuanismo. En esto estriba precisamente el mal; y de aquí arranca el marcado desdén con que nuestros jóvenes miran los problemas de su propia patria.

Es absolutamente necesario que la juventud lea, si quiere progresar, ya que el medio en que vivimos no puede ofrecernos una brillante

educación; nuestros intelectuales, en lo de más valor, han sido autodidactas; ¡sigamos la ruta trazada por ellos!...

El tipo corriente de nuestro estudiante concrétase a satisfacer las exigencias del profesor y no poseemos, con muy raras excepciones, el educando que en sus horas de asueto experimenta, indaga, etc.; en remoto caso la hoja diaria, como dice Ugarte: «Parece bastar para satisfacer las curiosidades de la mayoría. Y es inútil decir que los diarios, por excelentes que sean, no alcanzan a consolidar una opinión filosófica». Y es verdaderamente doloroso que los jóvenes que tienen el hábito de leer, derrochen el tiempo en novelas de folletín; el eclecticismo en la lectura es necesario que se haga un hábito en nuestra juventud. Cuántos jóvenes, después de haber pasado los umbrales de un colegio, aún salen ansiosos de Xavier de Montepin y Carlota M. Braemé.

A propósito: ¿cuáles libros aconsejaría usted a la juventud estudiosa de Costa Rica?

Debemos acercarnos a los grandes maestros, tratar de asimilar sus sabias enseñanzas como norma en nuestra vida e ideales.

Somos escépticos del ideal; los centros educativos de nuestro país se debieran preocupar más por la enseñanza idealista, compaginándola con la practicista, que es la que predomina en nuestro medio.

Ud. recomienda a Ruskin, maestro por excelencia de juventudes, que a su criterio: «Enseña a vivir con dignidad, a sentirse relacionado con el mundo por poderes que no tienen su origen en la mugre sino en una luz que se irradia tan luminosa y pura como las de las constelaciones de lo alto».

Hubo un gran maestro que pensaba como usted; extinto para desgracia de la juventud costarricense y para beneplácito de algunos mediocres políticos nuestros (Ud. sabe a quién aludo). Díjome cierta vez: «Busque a Ruskin, él le enseñará la senda de la vida».

Es necesario que se oiga la voz de la juventud, que se profile una generación robusta, plétórica de entusiasmos; porque sólo ella es capaz de renovar la patria; pero antes sería bueno extirpar ese oleaje de *flaperismo* en que se envuelven nuestras mujeres, porque dada la función a que están destinadas, son factor importantísimo en el porvenir de los pueblos.

Los jóvenes deben leer a Ruskin y preocuparse menos por los artistas de moda de Hollywood.

Urge reivindicar a nuestro pueblo del maresoretismo político en que vive (hay jóvenes capaces de llevar al éxito los destinos patrios), y esto lo puede llevar a cabo la juventud si a ello se propone; porque juventud, como dice el gran argentino, «es el empuje ciego hacia el ideal, la rebelión del pensamiento contra el absurdo y el grito alegre de los que están de acuerdo con su conciencia». Muchos de nuestros jóvenes no van más allá del bienestar personal, empecinados en ciertos atributos sociales, y por esto miran a la colectividad de soslayo; ingresan a una Universidad, no porque sientan inclinación por tal o cual profesión; se hacen doctores, porque de esta manera gozarán de un privilegio social y la vida les será más o menos cómoda.

Cuántos de nuestros escritores juveniles aspiran a una curul diputadil, no porque vayan a defender tal o cual principio, sino que ansían ser diputados por ser diputados, sin con-